

loqueleo®

SALANDO EL RÍO CON UNA CUCHARITA

D. R. © del texto: Jorge Luján, 2017

Publicado por primera vez por Comunicarte, Argentina, 2017

D. R. © de las ilustraciones: Pablo Allaudel, 2021

D. R. © Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2021

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-607-01-4828-6

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx



*Salando el río
con una cucharita*

Jorge Luján

Ilustraciones de *Pablo Auladell*

loqueleg®

Para Uriel y Nicole





*Mi familia y yo*¹

*Mi padre tocaba el violín y curaba a los enfermos,
mi madre daba de comer a los pájaros del bosque,
y apedreaban a los caballos.*

Y yo, soñando en la azotea.

*Mi hermano salaba el río con una cucharita,
mi hermana aprendía a escribir con las palabrotas
que dictaba el perico.*

Y yo, soñando en la azotea.

¹ Puedes escuchar y descargar “Mi familia y yo” —canción de Jorge Luján, interpretada por él mismo y Lourdes Ambriz—, perteneciente al disco *Caminando sobre el fuego*, disponible en Bandcamp y YouTube.

*Mi prima soltaba un globo en medio de la misa,
mi primo salía corriendo al ver cómo ascendía
y tocaba las campanas.*

Y yo, soñando en la azotea.

Mi abuelo y mi abuela, etcétera.

Mi tío y mi tía, etcétera.

Y yo,

en la azotea,

etcétera.

El bobo

Polvo, eso es lo que hay en la escuela. Polvo y más polvo en un patio que no termina en ninguna parte salvo en las lomas que rodean al pueblo.

Frente a la galería, una doble hilera de eucaliptos se eleva hacia las nubes como si quisiera huir de la aridez del suelo. Desde sus altos nidos, los loros observan una estampida de chicos que ora va al este, ora al sur, ora al oeste, siempre detrás de Nico, el hijo del ahogado, que tiene quince y aún sigue en segundo.

Para su fortuna, a Nico le crecieron desaforadamente las piernas y los brazos, lo que le permite, a veces, mantener distante a un mundo que lo rechaza. Para su desgracia, el crecimiento no le llegó al cerebro, que prefirió estancarse cuando al cumplir los cuatro lo abandonó su madre.

Desde entonces vive solo entre cabras y yeguas, y en invierno duerme con la cabra más grande entre las piernas y con las burlas de la gente en sus orejas.

Ahora corre como un galgo. Corre por miedo.

Treinta chicos menores que él, pero que ya cursan sexto, lo persiguen como la cola de un cometa que quisiera devorarse a sí mismo. De pronto la estampida se detiene. Sesenta pequeñas manos inmovilizan el cuerpo de Nico y, a pesar de sus gemidos y protestas, lo meten a la fuerza en el baño.

Un día lo obligan a beber agua del excusado para que recuerde a su padre que cayó borracho al río, pero en ese momento suena la campana anunciando el final del recreo y por una hora se interrumpe la humillación del bobo.

Atropellándonos para llegar a tiempo, entramos al aula donde nos esperan la maestra y su desánimo. Minutos después entra Nico con la ropa hecha jirones y huellas de llanto en sus amoratados cachetes. Cuando la maestra lo obliga a pararse en un rincón por llegar tarde, el lobo Velazco se pone de pie y señala los pantalones desgarrados: “¡Miren, Nico no trae calzones!”.

Llega el Día del Estudiante y de la Gran Carrera. Cada alumno ha construido su coche, no más largo

que un ladrillo, utilizando los materiales que quiso o que pudo encontrar.

Me siento intranquilo. Papá y mamá entran juntos a la escuela pero, como de costumbre, no se dirigen la palabra. Distraídamente recorren la fantástica exposición de autos de juguete hasta llegar a uno de color lila metálico con una lata de aceite de oliva por motor, los viejos anteojos de mi padre como parabrisas y las pequeñas linternas que uso para leer bajo las frazadas como faros. “¿Es éste el tuyo, Uri?”, pregunta mi madre, y sin esperar respuesta, continúa: “¿Te fijaste qué hermoso tapizado tiene el de color amarillo?”.

Yo me quedo mirando el caracol que puse como rueda de auxilio en la parte trasera de mi coche, y pienso que no se ve tan desolado como encima del piano.

Por fin llegamos al mejor de todos. Está compuesto de huesos pulidos y de objetos inhallables de color anaranjado, mas no recibe ningún premio porque, según la directora, Nico no ha hecho otra cosa durante todo el año.

Va a comenzar la competencia. Los corredores se alinean y flexionan sus piernas sosteniendo en sus manos un hilo amarrado a los pequeños autos. El sol aparece y desaparece entre nubes veloces y yo reniego de este yeso adherido a mi pantorrilla que me sitúa entre los espectadores.

Una bomba de estruendo da la señal de partida y pone en fuga a los loros que se llevan su flecha verde a cielos más tranquilos. Los padres gritan alentando a sus hijos y éstos los saludan mientras corren. Nico, que no tiene a nadie, mira de reojo su coche anaranjado y mueve sus piernas como aspas de un molino arrancado por el viento. Velazco se cae y maldice a todos; las maestras hacen como que no oyen porque es el hijo del millonario del pueblo.

La corrida sigue su curso y poco a poco Nico toma la delantera esquivando las zancadillas de sus perseguidores cotidianos. “¡Bravo!”, corean algunos cuando Nico cruza la meta, pero la mayoría se apresura a cargar en hombros a Velazco, que llega segundo y vocifera: “¡Cam... peón! ¡Cam... peón!”. Nico parece no advertirlo y sigue corriendo con su coche anaranjado y una sonrisa extraviada. Temblando de impotencia, ya no alcanzo a verlo. Donde estaba sólo hay polvo, polvo, polvo.